
**SOBRE *ESCRITORAS DE ENTRESIGLOS:*
UN MAPA TRASATLÁNTICO.
AUTORÍA Y REDES LITERARIAS
EN LA PRENSA ARGENTINA
*(1870-1910), DE MARÍA VICENS***

Alejandro Romagnoli
Universidad de Buenos Aires
aeromagnoli@gmail.com



∞

Escritoras de entresiglos: un mapa trasatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina (1870-1910), de María Vicens; Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2021; 342 pp.; ISBN: 978-987-558-716-8.



El libro de María Vicens, reelaboración de su tesis doctoral, analiza la emergencia y legitimación de la autoría femenina a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en Argentina, fundamentalmente, pero también en Perú y España, puesto que, como la investigación lo evidencia, ese proceso tuvo lugar en el marco de redes literarias transnacionales. Obra dada a la reconstrucción de genealogías femeninas, en el primer capítulo sienta las bases de sus propios puntos de partida; los estudios que en las décadas de 1980 y 1990 empezaban a ocuparse de las escritoras han ganado una ineludible centralidad, de la que es muestra también la publicación de la *Historia feminista de la literatura argentina*, uno de cuyos tomos (*Mujeres en revolución. Otros comienzos*) Vicens codirige junto con Graciela Batticuore.

El libro que aquí reseñamos está articulado en cuatro capítulos. El primero se titula “Las escritoras y la prensa a fines del siglo XIX” y en él se perfilan los rasgos característicos del período estudiado. Ya no se trata de aquel en que Juana Manso se lamentaba por la ausencia de escritoras o en que las escritoras eran vistas como figuras excepcionales, sino que entonces empiezan a publicarse una serie de periódicos literarios (*El Álbum del Hogar* [1878-1887], *La Ondina del Plata* [1875-1880], *La Alborada del Plata* [1877-1878/1880], entre otros) que tienen a las mujeres como protagonistas, tanto porque las cuentan entre su público como porque son sus colaboradoras más asiduas. Más aún, de la mano de la prensa, y también del pasaje al libro, las escritoras estudiadas por Vicens no solo aspiran a publicar, sino también a convertirse en autoras de una obra, esto es, a hacerse de un estilo original, y a profesionalizarse. Vicens se detiene en algunas trayectorias particulares, como las de Josefina Pelliza de Sagasta, Lola Larrosa y Raymunda Torres y Quiroga. Caracteriza diversas poses de escritora: la doméstica —la más esperable en el campo cultural del período—, la romántica —que aún perduraba— y la profesional —que iría ganando cada vez mayor terreno—. También identifica los espacios de escritura, como el salón familiar o la mesa de trabajo. Dentro de este conjunto de coordenadas analíticas, indaga en las sociabilidades femeninas, en los cruces e intercambios que tenían lugar en la prensa y en las relaciones personales, y en la retórica de un colectivo que comenzaba a trazar genealogías propias en su búsqueda de legitimidad.

El segundo capítulo (“Interlocuciones I: Perú en Argentina”) analiza la reactivación, durante la década de 1890, de los vínculos transnacionales que habían sido también intensos en la prensa de fines de la década de 1870, con Juana Manuela Gorriti como la figura más destacada. Autoras como Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera vieron en Argentina la posibilidad de continuar sus carreras literarias luego de haber publicado en Perú obras que, si fueron las que las consolidaron como autoras, despertaron asimismo numerosos cuestionamientos. Se encontraron, sin embargo, con un escenario que no colmó sus aspiraciones originarias, y debieron reinventarse. Vicens se interesa especialmente en Matto de Turner, en la revista que fundó, dirigió y escribió en los años de entresiglos, *Búcaro Americano* [1896-1901/1905-1908], marcada por su interés en lo americano y en la defensa de la profesionalización femenina. Son diversos los derroteros de las autoras que se estudian en esta sección: las apuestas de Carolina Freyre de Jaimes, quien abandona la literatura, asume la dirección de *La Columna del Hogar* y publica un libro de lectura escolar; el perfil de mujer de ciencia que forja Margarita Práxedes Muñoz en *La Filosofía Positiva* (1898); la participación de Teresa González de Fanning en el Congreso Femenino Internacional (1910).

El tercer capítulo (“Interlocuciones 2: España en América”) se enfoca en las escritoras españolas (Pilar Sinués de Marco, Emilia Serrano de Wilson, Concepción Gimeno de Flaquer), que

fueron, para las locales, referentes en el proceso de legitimación de la autoría femenina. Vicens reconstruye el mapa transatlántico en el que se reconocían deseos y estrategias comunes, la pose doméstica, el perfil de la mujer viajera, la defensa de la profesionalización. Es sin duda Emilia Pardo Bazán la figura central en esta sección, por su larga influencia en la prensa argentina, desde su participación en la polémica en torno al naturalismo hasta la corresponsalía que inició en 1909 para *La Nación*; se trata de una autora que piensa la literatura “en términos globales y comerciales” (215). Vicens también reserva un espacio para estudiar la presencia de las autoras sudamericanas en el medio cultural español. El análisis del libro de viaje de Matto de Turner, por ejemplo, le permite dar cuenta, entre otros aspectos, del modo en que, además de por una “retórica sororal”, estas redes literarias estaban cruzadas por disputas y conflictos internos, esto es, por “competencia literaria” (224).

El capítulo 4, titulado “Profesionalismos. Marchas y contramarchas a principios del siglo XX”, se ocupa de un período en el que las mujeres acceden a nuevas posiciones (egresan, por ejemplo, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), pero en el que perviven imaginarios decimonónicos, como la imagen del ángel del hogar. La sala que se le reserva a Ada María Elflein en la redacción del diario *La Prensa* ilustra los avances de la profesionalización femenina y también los límites de esos avances. Para esos años, el melodrama sentimental (género al que pertenece la exitosa novela *Stella* [1905], de Emma de la Barra) y la literatura pedagógica se presentan como los más propios para las mujeres. Se trata, asimismo, de un momento en el que autoras construyen, con el fin de ganar legitimidad, sus propias genealogías transnacionales, filiaciones que dialogan con otras formas de clasificación que por entonces comenzaban a delinearse, como el recorte de un canon femenino planteado por Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina* (1917-1924). Los comienzos del siglo XX son, finalmente, también los años de la irrupción de una nueva figura: la de la escritora moderna. El rol de Alfonsina Storni es clave en ese sentido. Además de la falta de identificación con las precursoras del siglo anterior, su novedad reside en el rechazo tanto de la pose doméstica como de la apelación a la moral para justificar su presencia en la vida cultural; también en la asunción de un estilo marcado por la ironía y el desenfado.

La investigación de Vicens resulta importante no solo porque analiza con lucidez ese mapa transatlántico de escritoras en los años de entresiglos. Va más allá: logra, como los mejores estudios, que sus propias preguntas —y las respuestas que encuentra— se muestren valiosas y se vuelvan necesarias para otros trabajos sobre la literatura del período, aun si estos no tuvieran a las autoras en su centro, aun si no adoptaran una perspectiva de género. Otra virtud es el riguroso y exhaustivo trabajo de archivo. En los agradecimientos, Vicens manifiesta su fascinación por la “promesa ineludible de tesoros escondidos” (12) que caracteriza a espacios como las bibliotecas y las hemerotecas. Esa fascinación se trasluce, más allá de la confesión inicial, a lo largo de las páginas de todo el libro, escrito en una prosa inteligente y clara, amena y crítica, que también agradece el lector.